

Agatha Christie®

DESTINO DESCONOCIDO



El **VIAJE** más sorprendente
e inesperado de
AGATHA CHRISTIE


ESPASA



AGATHA CHRISTIE

DESTINO DESCONOCIDO

Traducción de C. Peraire del Molino



Destination Unknown © 1954. Agatha Christie Limited. All rights reserved.

AGATHA CHRISTIE and the Agatha Christie Signature are registered trademarks of Agatha Christie Limited in the UK and elsewhere. All rights reserved.
www.agathachristie.com

Agatha Christie Roundels Copyright © 2013 Agatha Christie Limited. Used with permission.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Ilustraciones de la cubierta: © Ed

Agatha Christie

Traducción de C. Peraire del Molino © Agatha Christie Limited. All rights reserved.

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Grupo Planeta Argentina S.A.I.C.

Primera edición: junio de 2024

ISBN: 978-84-670-7405-5

Depósito legal: B. 8.421-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Capítulo 1

Sentado tras el escritorio, el hombre desplazó diez centímetros a su derecha el pesado pisapapeles de cristal.

Su rostro dejaba ver una expresión más impasible que pensativa. Tenía esa tez pálida de los que pasan la mayor parte del día bajo luz artificial. No había ninguna duda de que era un hombre de espacios cerrados, de escritorios y ficheros. En cierto sentido resultaba apropiado que, para acceder a su oficina, hubiera que recorrer un laberinto de pasillos subterráneos. Era difícil precisar su edad; no parecía ni viejo ni joven. La piel de su rostro se veía lisa y sin arrugas, y en sus ojos se reflejaba un profundo cansancio.

El individuo con quien compartía oficina era mayor que él, moreno y con un bigote marcial. Mostraba un temperamento nervioso y enérgico, siempre alerta. Incluso ahora, se paseaba arriba y abajo, incapaz de permanecer sentado, soltando algún comentario brusco de vez en cuando.

—¡Informes! —decía exaltado—. ¡Informes, informes y más informes, y ninguno sirve de nada!

El hombre del escritorio miró los documentos que había sobre la mesa. Encima de ellos, una ficha con el nombre «Betterton, Thomas Charles», seguido de un signo de interrogación. Asintió pensativo.

—¿Ha estudiado todos estos informes y ninguno sirve de nada?

El otro tipo se encogió de hombros.

—¿Quién puede decirlo?

El hombre, que continuaba sentado, suspiró antes de responder:

—Sí, eso es cierto. Nadie puede decirlo.

Entonces el más viejo prosiguió, con la violencia de una ametralladora:

—Informes de Roma, de Turena; lo vieron en la Riviera, en Amberes; lo identificaron en Oslo; también, sin duda, en Biarritz; observaron que se comportaba de un modo sospechoso en Estrasburgo; lo vieron en la playa de Ostende con una rubia despampanante y paseando por las calles de Bruselas con un galgo. Todavía no lo han visto en el zoológico dando de comer a los monos, pero me atrevería a asegurar que todo llegará.

—¿No tiene alguna idea, Wharton? Personalmente, confiaba en el informe de Amberes, pero no nos ha conducido a ninguna parte. Claro, que a estas alturas... —El joven dejó de hablar y pareció entrar en coma. Al fin añadió, enigmático—: Sí, es probable, y, sin embargo, quisiera saber...

El coronel Wharton se sentó bruscamente sobre el brazo de un sillón.

—Pero tenemos que averiguarlo —afirmó, obstinado—. Hemos de llegar a la raíz de todos estos cómo, porqués y dónde. No podemos perder a un científico cada mes sin tener ni idea de cómo se van, por qué se van y adónde van. ¿Está donde suponemos o no? Siempre lo hemos dado por hecho, pero ahora ya no estoy tan seguro. ¿Ha leído los últimos informes sobre Betterton, los que han llegado de Estados Unidos?

El hombre sentado tras el escritorio asintió.

—Las acostumbradas tendencias izquierdistas durante la época en que todos las tuvieron. Nada duradero o permanente, por lo que hemos podido averiguar. Hizo buenos trabajos antes de la guerra, aunque nada espectacular. Cuando Mannheim escapó de Alemania, destinaron a Betterton como ayudante suyo y terminó casándose con su hija. Después de la muerte de Mannheim, siguió él solo con las investigaciones y realizó trabajos brillantes. Se hizo famoso con el sorprendente descubrimiento de la fisión ZE. La fisión supuso un descubrimiento revolucionario que encumbró a Betterton. Parecía el principio de una carrera brillante, pero su mujer murió poco después de la boda y él quedó muy afectado. Vino a Inglaterra. Ha estado en Harwell durante los últimos dieciocho meses. Y solo hace seis que se ha vuelto a casar.

—¿Algo en esa dirección? —preguntó Wharton con presteza.

Su interlocutor negó con la cabeza.

—No descubrimos nada. Ella es la hija de un abogado local. Trabajaba en una agencia de seguros antes de su matrimonio. Por lo que hemos descubierto, no tiene inclinaciones políticas radicales.

—Fisión ZE —masculló el coronel Wharton en tono lúgubre y disgustado—. Me apabulla el significado de esos términos. Soy de otra época. Me siento incapaz de imaginarme una molécula, pero aquí las tenemos, haciendo saltar el universo en pedazos. Bombas atómicas, energía nuclear, fisión ZE y todo eso. Y Betterton era uno de los principales investigadores. ¿Qué dicen de él en Harwell?

—Que tenía una personalidad muy agradable y, en cuanto a su trabajo, nada sobresaliente o espectacular. Solo variaciones sobre las aplicaciones prácticas de la fisión ZE.

Los dos hombres guardaron silencio unos instantes. Su conversación había sido inconexa, casi automática. Los informes amontonados sobre el escritorio no les habían proporcionado ninguna pista de valor.

—Lo investigamos a fondo cuando llegó aquí.

—Sí, y todo resultó satisfactorio.

—Eso fue hace dieciocho meses —comentó Wharton, pensativo—. Pronto se desmoralizan. Las medidas de seguridad. La sensación de estar siempre bajo una lupa. Vivir en reclusión. Se ponen nerviosos, raros. Lo he visto muy a menudo. Comienzan a soñar con un mundo ideal. ¡Libertad, hermandad, compartir todos los secretos y trabajar por el bien de la huma-

nidad! Ese es el momento en que alguien ve su oportunidad y la aprovecha. —Se frotó la nariz—. Nadie tan crédulo como un científico. Todos los falsos médiums lo dicen. No comprendo por qué.

Su interlocutor exhibió una sonrisa de cansancio.

—Oh, sí, es tal como dice. Ellos creen que saben. Eso siempre es peligroso. Nosotros somos distintos, de mente más humilde. No esperamos salvar el mundo, solo arreglar un par de piezas rotas, o retirar una llave inglesa que traba los engranajes. —Tamborileó con los dedos sobre la mesa—. Si supiera algo más de Betterton, no precisamente sobre su vida y actividades, sino acerca de sus costumbres cotidianas, que son las más reveladoras... Los chistes que le hacían gracia, lo que le molestaba, a quién admiraba y quién le enfurecía.

Wharton lo miró con curiosidad.

—¿Y qué hay de su esposa? ¿Ha intentado hablar con ella?

—Varias veces.

—¿Y no puede ayudarnos?

El otro se encogió de hombros.

—Hasta ahora no lo ha hecho.

—¿Cree que sabe algo?

—Ella insiste en que no sabe nada. Muestra todas las reacciones habituales: preocupación, pena, ansiedad, desesperación; no tuvo ninguna pista ni sospecha previa. La vida de su marido era perfectamente normal, no sufría de estrés ni nada parecido. Su teoría es que lo han secuestrado.

—¿Y usted no la cree?

—Yo tengo un defecto —dijo con amargura el hombre sentado tras el escritorio—. Nunca me creo a nadie.

—Bien —replicó Wharton—. Supongo que hay que mantener una actitud abierta. ¿Cómo es ella?

—Una mujer corriente, de esas que conoces un día cualquiera jugando al bridge.

Wharton asintió.

—Eso lo hace todavía más difícil.

—Está aquí. Ha venido a verme. Volveremos a repasarlo todo otra vez.

—Es el único modo —señaló Wharton—, aunque yo no podría. No tengo paciencia. —Se puso en pie—. Bueno, no le entretengo más. No hemos adelantado mucho, ¿verdad?

—Por desgracia, no. Podría hacer un repaso especial del informe de Oslo. Es el lugar adecuado.

Wharton asintió antes de salir. El otro hombre levantó el conmutador telefónico.

—Veré a la señora Betterton ahora. Hágala pasar.

Se quedó mirando el vacío hasta que llamaron a la puerta y entró la señora Betterton. Era una mujer alta, de unos veintisiete años. Lo más sobresaliente de su persona era su magnífica melena cobriza.

Ante tanto esplendor, su rostro parecía insignificante. Tenía los ojos azules y las pestañas claras que tan a menudo acompañan a los cabellos rojos. Observó que no iba maquillada, e intentó descifrar qué significaba tal cosa mientras la saludaba y ella se acomodo-

daba en una butaca cerca de la mesa. Eso le inclinó a pensar que la señora Betterton sabía más de lo que decía saber.

Según su experiencia, las mujeres que sufren ansiedad o sienten un gran dolor no descuidan el maquillaje: conscientes de los estragos que el sufrimiento puede causar en su aspecto, hacen todo lo posible por repararlos. De modo que se preguntaba si la calculada falta de maquillaje de la señora Betterton respondía a una voluntad de representar mejor el papel de esposa desconsolada.

—¡Oh, señor Jessop! —dijo ella casi sin aliento—. ¿Hay alguna noticia?

Él negó con la cabeza.

—Siento haberla hecho venir, señora Betterton —respondió con amabilidad—. Lamento no tener ninguna noticia concreta.

—Lo sé. Eso me decía en su carta —se apresuró a responder Olive Betterton—. Pero me preguntaba si desde entonces... Oh, me alegro de haber venido. Estar en casa pensando y pensando es lo peor de todo. ¡Porque una no puede hacer nada!

—Espero que no se moleste, señora Betterton —repuso Jessop para tranquilizarla—, si vuelvo una y otra vez a insistir sobre lo mismo, haciéndole las mismas preguntas y regresando a los mismos puntos. Siempre cabe la posibilidad de que pueda surgir alguna pequeña pista. Algo en lo que no haya pensado hasta ahora, o que quizá antes no hubiera considerado digno de mencionar.

—Sí, sí. Comprendo. Vuelva a preguntarme lo que quiera.

—¿La última vez que vio a su marido fue el 23 de agosto?

—Sí.

—Eso fue cuando él dejó Inglaterra camino de París para asistir a un congreso.

—Sí.

—Asistió los dos primeros días —continuó Jessop a toda prisa—, y al tercero no se presentó. Al parecer, dijo a uno de sus colegas que aquel día iría de excursión en un *bateau mouche*.

—¿Un *bateau mouche*? ¿Qué es un *bateau mouche*? Jessop sonrió.

—Uno de esos pequeños barcos turísticos que navegan por el Sena. —La miró fijamente—. ¿Le parece poco propio de su marido?

—Sí, bastante —contestó ella, pensativa—. Yo hubiera dicho que estaría más interesado en lo que se discutía en el congreso.

—Es posible. No obstante, el tema de aquella jornada no era de interés especial para él, así que bien pudo tomarse el día libre. Pero, de todos modos, ¿lo considera completamente impropio de su marido?

Ella asintió.

—Aquella noche no regresó al hotel —continuó Jessop—. Pero, por lo que hemos podido averiguar, no cruzó ninguna frontera con su pasaporte. ¿Cree que podría haber usado otro pasaporte, tal vez con un nombre distinto al suyo?

—Oh, no. ¿Por qué iba a tenerlo?

Jessop la observaba con atención.

—¿Usted nunca vio que tuviera otro?

Ella volvió a negar con la cabeza vehementemente.

—No, y no lo creo. En absoluto. Tampoco que se marchara de forma deliberada, como ustedes tratan de insinuar. Algo le ha ocurrido. Quizá haya perdido la memoria.

—¿Estaba bien de salud?

—Sí. Trabajaba mucho y algunas veces se sentía algo fatigado. Solo eso.

—¿No le pareció preocupado o deprimido?

—¡No estaba preocupado ni deprimido por nada!

—Con dedos temblorosos, abrió el bolso para sacar un pañuelo—. Todo esto es horrible. —Le temblaba la voz—. No puedo creerlo. No se habría marchado sin decírmelo. Algo le ha ocurrido. Lo han secuestrado o tal vez lo hayan asaltado. No quiero pensarlo, pero a veces creo que esa tiene que ser la causa. Debe de haber muerto.

—Vamos, señora Betterton, por favor. No hay necesidad de ponerse así. Si hubiese muerto, ya habría aparecido su cadáver.

—Quizá no. Suceden cosas espantosas. Puede que lo hayan ahogado o arrojado a una alcantarilla. Estoy segura de que en París puede ocurrir cualquier cosa.

—Le aseguro, señora Betterton, que París es una ciudad muy bien vigilada.

Ella se apartó el pañuelo de los ojos y lo miró, furiosa.

—Sé lo que piensa, pero no es así. Tom no vendería ni revelaría ningún secreto. No es un comunista. Su vida entera es un libro abierto.

—¿Cuáles eran sus ideas políticas, señora Betterton?

—Creo que en Estados Unidos era demócrata. Aquí votó a los laboristas. No le interesaba la política. Ante todo era un científico. Y muy brillante —concluyó, desafiante.

—Sí —replicó Jessop—, era un científico muy brillante. Ese es el meollo de todo este asunto. Comprenda que pudieron ofrecerle considerables alicientes para abandonar este país y marcharse a cualquier otro lugar.

—No es cierto. —Su furia había regresado—. Eso es lo que los periódicos pretenden demostrar. Eso es lo que piensan todos ustedes cuando me interrogan. No es cierto. No se habría marchado sin decírmelo, sin darme alguna explicación.

—¿Y no le dijo nada?

Ella le dirigió una mirada escrutadora.

—Nada. No sé dónde está. Yo creo que lo han secuestrado, o, si no, como le dije, que está muerto. Pero si ha muerto, debo saberlo. Debo saberlo pronto. No puedo continuar así, aguardando y haciendo cábalas. No como ni duermo. Estoy enferma de tanto pensar. ¿No pueden ayudarme? ¿No pueden ayudarme de algún modo?

—Créame: lo siento muchísimo, señora Betterton, muchísimo —murmuró Jessop. Se puso en pie para

situarse al otro lado del escritorio—. Permítame asegurarle que hacemos cuanto podemos para averiguar lo que le ha ocurrido a su marido. Recibimos información a diario desde distintos puntos.

—¿Informes de dónde? —preguntó ella con viveza—. ¿Qué dicen?

—Hay que investigarlos y comprobarlos... Pero, en general, todos son muy vagos.

—Debo saberlo —musitó de nuevo con voz ronca—. No puedo continuar así.

—¿Quiere mucho a su marido, señora Betterton?

—Claro que lo quiero. Solo llevamos casados seis meses. Seis meses.

—Sí, lo sé. Perdóneme la pregunta: ¿no hubo ninguna clase de discusión entre ustedes?

—¡Oh, no!

—¿Ningún problema por causa de otra mujer?

—¡Desde luego que no! Ya se lo he dicho. Nos casamos el pasado abril.

—Por favor, créame, yo no insinúo que sea probable algo así, pero hay que considerar cualquier posibilidad que pudiera explicar el hecho de que se haya marchado de esta forma. Usted dice que últimamente no estaba preocupado ni nervioso. ¿En ningún sentido?

—¡No, no, no!

—Ya sabe, señora Betterton, que muchas personas se ponen nerviosas cuando realizan un trabajo como el de su marido, viviendo bajo condiciones de seguridad tan exigentes. —Sonrió—. Es bastante normal ponerse nervioso.

Ella no le devolvió la sonrisa.

—Estaba como siempre —repitió con firmeza.

—¿Le hablaba de su trabajo? ¿Estaba satisfecho con lo que hacía?

—No. Era un trabajo muy técnico.

—¿Y cree posible que tuviera algún... escrúpulo, por así decirlo, a causa de la conciencia de su capacidad destructiva? Es algo que les sucede a los científicos en ciertas ocasiones.

—Nunca mencionó nada de eso.

—Comprenda, señora Betterton —dijo Jessop, inclinándose sobre la mesa y abandonando parte de su impasibilidad—: intento hacer un retrato de su marido, saber qué clase de hombre era. Y no me está usted ayudando.

—¿Qué más puedo decir o hacer? He contestado a todas sus preguntas.

—Sí. Ha contestado usted a todas mis preguntas, y la mayoría en sentido negativo. Yo deseo algo positivo, constructivo. ¿Comprende a lo que me refiero? Se puede buscar mucho mejor a un hombre cuando se sabe qué clase de hombre es.

Ella reflexionó unos segundos.

—Sí, comprendo. Por lo menos, eso creo. Tom era alegre y de buen carácter, e inteligente, desde luego. Jessop sonrió.

—Esa es una lista de cualidades. Pasemos a algo más personal. ¿Leía mucho?

—Sí.

—¿Qué clase de libros?

—Biografías. Obras que le recomendaban en la Sociedad del Libro, novelas policiacas cuando estaba cansado.

—Un lector bastante convencional. ¿Ninguna preferencia especial? ¿Jugaba a las cartas o al ajedrez?

—Al bridge. Solíamos jugar con el doctor Evans y su esposa una o dos veces por semana.

—¿Tenía muchos amigos?

—Sí, era muy sociable.

—No me refería precisamente a eso. Quiero decir si era un hombre que apreciara mucho a sus amigos.

—Jugaba al golf con dos de nuestros vecinos.

—¿Ningún compañero o amigo íntimo en particular?

—No. Nació en Canadá y pasó mucho tiempo en Estados Unidos. Aquí no conocía a mucha gente.

Jessop consultó una anotación.

—Al parecer recientemente lo visitaron tres personas de Estados Unidos. Aquí tengo sus nombres. Por lo que hemos podido averiguar, se trata de las únicas personas extranjeras con las que mantuvo cierto contacto. Por eso les hemos dedicado una atención especial. Primero Walter Griffiths. Fue a verlo a Harwell.

—Sí, estaba en Inglaterra y vino a visitar a Tom.

—¿Cuál fue la reacción de su marido?

—Tom se sorprendió al verlo, pero se alegró mucho. En Estados Unidos eran muy buenos amigos.

—¿Qué le pareció Griffiths? Descríbalo a su manera.

—Sin duda, ya sabrán todo lo referente a él, ¿no?

—Sí, pero deseo saber su opinión.

Ella reflexionó unos instantes.

—Era un hombre serio y buen conversador. Fue muy amable conmigo; parecía querer mucho a Tom y se mostró ansioso por contarle las cosas que habían ocurrido desde que mi marido se vino a Inglaterra. Supongo que chismes locales. A mí no me resultaban muy interesantes, porque no conocía a ninguna de aquellas personas. En cualquier caso, yo estaba preparando la cena mientras ellos recordaban viejas anécdotas.

—¿No surgió la cuestión política?

—¿Trata de insinuar quizá que era comunista?

—Olive enrojeció—. Estoy segura de que no lo era. Tenía un empleo en el Gobierno, creo que en la oficina del fiscal del distrito. De todas formas, cuando Tom dijo entre risas algo sobre la caza de comunistas en Estados Unidos, Griffiths afirmó muy serio que aquí no las comprendíamos. Que eran algo muy necesario. ¡De modo que eso demuestra que no era comunista!

—Por favor, señora Betterton, no se altere.

—¡Tom no era comunista! No dejo de decírselo y usted no me cree.

—Sí, la creo, pero es un punto sobre el que hay que insistir. Ahora pasemos al segundo visitante extranjero: el doctor Mark Lucas. Tropezaron con él en Londres, en el Dorset.

—Sí. Habíamos ido a ver un espectáculo y luego ce-

namos en el Dorset. De pronto, ese hombre, Luke o Lucas, se acercó a saludar a Tom. Era investigador químico o algo por el estilo, y la última vez que vio a Tom fue en Estados Unidos. Era un refugiado alemán que había adoptado la nacionalidad estadounidense. Pero sin duda usted...

—Pero ¿sin duda ya lo sé? Sí, señora Betterton. ¿Se sorprendió su marido al verlo?

—Sí, mucho.

—¿Agradablemente?

—Sí, sí, creo que sí.

—Pero no está segura —la presionó.

—Era un hombre que no le inspiraba gran simpatía o, por lo menos, eso me dijo después. Nada más.

—¿Fue un encuentro casual? ¿No quedaron en verse de nuevo más adelante?

—No, solo fue un encuentro casual.

—Ya. La tercera visita fue una mujer: la señora Carol Speeder, también de Estados Unidos. ¿Cómo ocurrió?

—Creo que ella tenía algo que ver con la ONU. Había conocido a Tom en Estados Unidos. Lo telefoneó desde Londres para decirle que estaba aquí y preguntarle si podríamos ir a almorzar con ella algún día.

—¿Y fueron?

—No.

—Usted no, pero su marido sí.

—¿Qué? —Se sobresaltó.

—¿No se lo contó?

—No.

Olive Betterton parecía desconcertada e inquieta. El hombre que la interrogaba se compadeció de ella, pero no se ablandó. Por primera vez, le pareció que había encontrado un hilo del que tirar.

—No lo entiendo —dijo, insegura—. Me parece muy raro que no me comentara nada.

—Almorzaron juntos en el Dorset, donde se hospedaba la señora Speeder, el miércoles 12 de agosto.

—¿El 12 de agosto?

—Sí.

—Sí, estuvo en Londres por esas fechas. Nunca me dijo nada... —Se interrumpió para preguntar—: ¿Cómo es esa mujer?

—No es nada atractiva, señora Betterton —se apresuró a responder él para tranquilizarla—. Una mujer de carrera, de unos treinta y tantos años, muy competente, pero poco agraciada. No existe el menor indicio de que estuviera en tratos más íntimos con su marido. Por eso resulta extraño que él no le dijera nada de aquel encuentro.

—Sí, sí. Lo comprendo.

—Ahora centre toda su atención en recordar, señora Betterton. ¿Observó algún cambio en su marido por esa época? Digamos a mediados de agosto. Eso debió de ser una semana antes del Congreso.

—No, no noté nada. Nada destacable.

Jessop suspiró. Sonó el teléfono y él atendió la llamada.

—Sí.

La voz al otro extremo del hilo anunció:

—Aquí hay un hombre que desea hablar con el que lleva el caso Betterton, señor.

—¿Cómo se llama?

La voz carraspeó discretamente.

—Bueno, no estoy muy seguro de cómo se pronuncia su nombre, señor Jessop. Tal vez sea mejor que lo deletree.

—De acuerdo. Hágalo. —Escribía las letras en un bloc a medida que se las dictaban—. ¿Polaco? —preguntó al final.

—No lo ha dicho, señor. Habla perfectamente inglés, pero con algo de acento.

—Dígale que espere.

—Muy bien, señor.

Jessop colgó el teléfono. Luego miró a Olive Betterton, que lo contemplaba callada, con una placidez conmovedora. Arrancó la hoja del bloc con el nombre escrito y se la tendió.

—¿Conoce a alguien con este nombre?

Los ojos de la mujer se abrieron de par en par.

Por un momento pareció asustada.

—Sí —replicó—. Sí, lo conozco. Me escribió.

—¿Cuándo?

—Ayer. Es un primo de la primera esposa de Tom. Acaba de llegar al país. Estaba muy preocupado por la desaparición de mi marido. Me escribió preguntándome si tenía alguna noticia y para mostrarme su más profunda simpatía.

—¿Nunca había oído hablar antes de él?

Ella negó con la cabeza.

—¿Alguna vez su marido le habló de él?

—No.

—De modo que podría no ser primo de su marido.

—Bueno, supongo que no. Nunca se me había ocurrido pensarlo. —Parecía sobresaltada—. Pero la primera esposa de Tom era extranjera. Era hija del profesor Mannheim. Por lo que dice en su carta, ese hombre parece conocer muy bien todo lo referente a ella y a Tom. Está escrita en un tono muy correcto, formal y... extranjero, ¿sabe? Parece auténtica. Y, de todos modos, ¿cuál sería su intención, si no es un familiar?

—Ah, eso es lo que uno se pregunta siempre. —Jessop sonrió vagamente—. ¡Aquí lo hacemos tanto que el menor de los detalles se nos hace una montaña!

—Ya me lo imagino. —Se estremeció—. Es como este despacho suyo, en medio de un laberinto que parece una de esas pesadillas de las que una cree que ya nunca podrá escapar.

—Sí, comprendo que pueda producir cierta claustrofobia —señaló Jessop amablemente.

Olive Betterton se apartó los cabellos de la frente.

—No podré soportarlo mucho tiempo, eso de quedarme sentada, esperando. Quisiera marcharme a alguna parte para cambiar de ambiente. Al extranjero, por ejemplo. A algún sitio donde los periodistas no me telefoneen constantemente, donde la gente no me mire. Siempre me encuentro a amigos que me preguntan si tengo noticias de mi marido. Creo...,

creo que voy a volverme loca. He intentado ser fuerte, pero es demasiado para mí. Mi médico está de acuerdo conmigo. Dice que debería marcharme tres o cuatro semanas fuera. Me ha escrito una carta. Se la enseñaré. —Revolvió en su bolso hasta dar con un sobre que le tendió a Jessop—. Ahí verá lo que dice.

Jessop tomó la carta y la leyó.

—Sí. Sí, ya veo. —Volvió a meter la carta en el sobre.

—Así pues, ¿puedo marcharme? —Sus ojos lo observaron, inquietos.

—Naturalmente, señora Betterton —replicó él enarcando las cejas, sorprendido—. ¿Por qué no?

—Pensé que tal vez tendría usted alguna objeción.

—¿Objeción?, ¿por qué? Eso es cosa exclusivamente suya. ¿Podrá arreglarlo de modo que pueda comunicarme con usted mientras esté ausente, en caso de tener alguna noticia?

—¡Oh, desde luego!

—¿Adónde ha pensado ir?

—A algún sitio con mucho sol y pocos ingleses. A España o a Marruecos.

—Hermosos lugares. Estoy seguro de que le sentará muy bien.

—¡Oh, gracias! Muchísimas gracias.

Se puso en pie, entusiasmada y encantada, aunque sin abandonar su nerviosismo. Jessop también se levantó, le estrechó la mano y llamó para que la acompañaran hasta la salida. Luego volvió a ocupar su

puesto. Por un instante, su rostro permaneció tan inexpresivo como antes; luego sonrió muy lentamente y cogió el teléfono.

—Ahora recibiré al comandante Glydr.